

Ortega y Gasset, a cien años de su llegada a la Argentina

MORA PERPERE VIÑUALES*

Revista Cultura Económica

Año XXXIII • Nº 89

Junio 2015: 64-72

Resumen: El presente trabajo buscará, en primer lugar, repasar los aspectos principales de la visita inicial que realiza José Ortega y Gasset a la Argentina en 1916, viaje en cual el filósofo busca conocer a fondo el alma y la intimidad de los argentinos e incitarlos a crear una nación a la altura de los tiempos. En segundo lugar y a partir del repaso de sus dos viajes posteriores a este país, reflexionar acerca del llamado a la autenticidad que Ortega dirige a la sociedad argentina, en cada uno de sus tres viajes, como uno de los ejes sobre los cuales el filósofo basaría su vínculo con esta nación.

Palabras clave: Ortega y Gasset; Argentina; vida auténtica; generación; minoría selecta.

Ortega y Gasset, a hundred years after his arrival to Argentina

Abstract: *The present work proposes first, to review the main aspects of José Ortega y Gasset's initial visit to Argentina in 1916, moment in which the philosopher seeks insight into the soul and intimacy of Argentine people and to encourage the country to create a nation up with the times. Taking into account Ortega's two subsequent trips to the country, the author also reflects on the call to authenticity the philosopher addresses to the Argentine society as one of the foundations on which he would base its relationship with this nation.*

Keywords: *Ortega y Gasset; Argentina; authenticity; generation; elite.*

I. Introducción

En 2016 se cumplen cien años de la primera visita de José Ortega y Gasset a la Argentina. En este viaje, de tres que realizaría en total, Ortega buscaría conocer a fondo el alma y la intimidad de los argentinos. Sería desde allí que intentaría incentivar a esta sociedad a cumplir con su misión histórica, con su trayectoria vital propia, para que lograra construirse, sólo de esta manera, como auténtica nación.

Invitado por la Institución Cultural Española, Ortega arriba a la Argentina por

primera vez en julio de 1916.¹ En este encuentro inicial, descubre una sociedad aun joven que se estaba construyendo en nación. Y si unos años antes se había preguntado a sí mismo

¿Qué será la Argentina? ¡El Río de la Plata, el Paraná, el Chaco, Tucumán, la Pampa, Buenos Aires! ¡Rumor de nombres fraternales! Sobre todo la Pampa... ¿Qué será la Pampa? Poco más o menos ya sé lo que es geográficamente; pero ¿qué será la

* Universidad de Salamanca - mperpere@usal.es

Pampa sentimentalmente? (Ortega y Gasset, [1917] 2004, tomo II: 291)

Ahora por fin podía observar desde dentro a este país, conocer sus costumbres y singularidades, y entablar, poco a poco, un vínculo de intimidad con esta joven nación.

A partir de la invitación que lo acerca a la Argentina, Ortega llega con un programa definido: brindar un ciclo de conferencias titulado "Introducción a los problemas actuales de la filosofía", ofrecer seis lecciones sobre la *Crítica de la razón pura* y, finalmente, impartir dos conferencias bajo el título "Cómo Miguel de Cervantes solía ver el mundo" (Asenjo y Garbarain, 2000: 54). Pero, para Ortega, el viaje a la Argentina iba mucho más allá de cumplir con este programa para el cual había sido invitado. Él destaca en reiteradas oportunidades —tanto ante la prensa como ante el público que asistía a sus lecciones y conferencias— que el viaje producía en él, además de una particular gratitud, una gran curiosidad. Gratitud, porque la visita se realizaba en una época de grandes acontecimientos a nivel mundial, y esto producía en el público un interés particular por la filosofía. Pero, al mismo tiempo, Ortega llegaba con suma curiosidad: éstas eran para él tierras aun jóvenes y, por lo mismo, terreno fértil donde se pudiera construir una nación a la altura de los tiempos. Ortega tenía claro que desde su lugar de intelectual podía acercar esta idea a los argentinos e incitarlos a llevar esta tarea adelante.

En el presente trabajo veremos, en primer lugar, cuál fue esta percepción inicial de Ortega sobre el país, y en qué consistía el llamado que realizó a los argentinos, ya desde este primer momento, a crear una nación a la altura de los tiempos. Y, en segundo lugar, veremos cómo este llamado a la autenticidad, que inicia en 1916, será el punto en el cual Ortega insistirá en años posteriores, convencido de encontrar en la Argentina un país con el potencial suficiente para constituirse en una gran nación. Este llamado se convertirá, indudablemente, en uno de los ejes sobre los que Ortega basará su larga e íntima relación con este país.

II. Primer encuentro con el público argentino

El 7 de agosto de 1916, Ortega inicia finalmente el ciclo de conferencias en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En la primera conferencia, tal como él mismo lo destaca, la sala estaba llena, pero con el lleno normal y corriente de las inauguraciones. El filósofo cautiva a los argentinos desde esta primera disertación, un poco por la apelación constante al destino histórico argentino, y otro poco por el nivel de oratoria que lo caracterizaba, elementos que producen desde un primer momento un elevado nivel de empatía con el público. Tanto es así que el panorama para la segunda conferencia es llamativo: Ortega relata cómo, cuando el Dr. Avelino Gutiérrez va a buscarlo para llevarlo a la Facultad, se encuentra con que la calle Viamonte (sede de la Facultad de Filosofía y Letras hacia 1916) estaba ocupada por la fuerza pública. Es que era tal el número de jóvenes que deseaba asistir a sus conferencias, que se habían producido forcejeos y hasta se había roto un cristal del edificio. "¡Y toda esta turbulencia y tanto desmán, no más que por el afán de escuchar una lección filosófica de un mocito gallego, ocho días antes totalmente desconocido!" (Ortega y Gasset, [1939] 2004, tomo V: 446), relataba el mismo Ortega años más tarde.

Ortega destaca desde su primera conferencia que lo que lo había traído al país era, en gran medida, el afán de conocer la intimidad argentina. Él mismo señala que no buscaba quedarse simplemente con la parte visible del país, sino lograr un contacto más íntimo con esta sociedad. En palabras de Ortega, en su primer encuentro con los argentinos buscaba "penetrar en su morada interior, descubrir vuestro modo genuino de temblar ante la vida, inclinándome respetuoso sobre vuestra alma" (Ortega y Gasset, [1916b] 2004, tomo VII: 557). En definitiva, Ortega buscaba dirigirse al pueblo argentino desde la sinceridad, una sinceridad que requería conocer el país no como un turista sino, como dirían unas líneas más adelante, como "un viajero cordial, que no va de tierra en tierra y de urbe en urbe, sino de pecho en pecho y de

alma en alma". Y si bien hacia el final de sus conferencias manifestaba no considerarse más que un "entusiasta que pasa", estaba sin embargo convencido de haber encontrado en Argentina un pueblo con grandes aspiraciones y, a la vez, con un destino que exigía un significativo esfuerzo por parte de los individuos. La pregunta que se hacía entonces era si el argentino lograría realmente dar lugar a todas esas exigencias a las que lo retaba su futuro.

Ahora bien, más allá de que estas palabras iniciales resultan alentadoras para el auditorio, está claro que Ortega no buscaba simplemente verbalizar elogios sobre el país, sino más bien contribuir a la vida argentina, a su crecimiento como nación. Por esta razón, no deja de lado su sinceridad a la hora de dirigirse a los argentinos, y ya en este primer viaje manifiesta la inquietud que le producen ciertos intereses o prioridades que encuentra en la sociedad argentina en este momento fundamental de su conformación. En particular, Ortega se refiere en varias oportunidades a la enorme desproporción que advierte entre la preocupación económica de esta sociedad y el resto de sus actividades. Y en su análisis atribuye este problema, al menos en un primer momento, al hecho de que se encuentra en realidad frente a una nación aun joven, con un pasado colonial todavía reciente que pareciera dificultarle dejar de lado la trayectoria que le fue impuesta desde su origen. Pero aun siendo ésta la circunstancia propia de la Argentina, Ortega sostiene que

un pueblo que ve claro delante y quiere con decisión su porvenir, como el argentino, sabe muy bien lo que ha de hacer para corregir ese defecto original. Y eso que ha de hacer no podrá consistir en otra cosa que en dedicar tanta mayor energía al cultivo superior de las actividades sobre-económicas cuanto mayor es su desproporción frente a las utilitarias. (Ortega y Gasset, 1981: 33)

Esta visión se enmarca, como veremos, en la crítica generalizada que Ortega realiza a la visión utilitaria de la vida, heredada del

siglo XIX. De esta manera, el llamado de Ortega es a que la Argentina deje de lado las herencias coloniales; a que asuma, por fin, el inevitable esfuerzo de buscar su propio e individual destino y realice las tareas que éste le exige para poder crecer como auténtica nación.

Se debe tener presente que el tema de la autenticidad e inautenticidad de la vida es quizás el más antiguo en el pensamiento de Ortega y Gasset y es, además, el más constante. En este sentido, cabe recordar que Ortega había publicado en 1914 *Meditaciones del Quijote* (Ortega y Gasset, [1914a] 2004, tomo I: 745), obra en la que había hecho especial hincapié en el tema de la autenticidad. Él insiste constantemente en la necesidad de que el hombre se mantenga fiel a lo que verdaderamente es, en lo forzoso que resulta tomar las riendas de la vida individual y, atendiendo a las circunstancias propias e individuales, tomar las decisiones necesarias para no traicionar el destino propio. Y Ortega no restringe este concepto a un ámbito exclusivo de la vida del hombre; por el contrario, él mismo forma parte del modo en que se refiere la exigencia de vivir de una manera adecuada en los diferentes ámbitos y esferas de la vida humana.

En este caso en particular, la Argentina de 1916, el llamado orteguiano a la autenticidad como nación está marcado por la búsqueda de una nueva sensibilidad. Ortega sostiene –y reprocha en más de una ocasión – que lo característico del siglo XIX había sido su visión utilitaria de la vida, una concepción que "ha llegado a interpretar el bien como utilidad, y ha predicado una moral de utilitarismo y la ha inyectado en nuestras venas" (Ortega y Gasset, [1916a] 2004, tomo VII: 550). Esto mismo, como hemos visto, era lo que le inquietaba de la sociedad argentina. El siglo XX exigía, en cambio, desarraigarse de esta sensibilidad pretérita y estéril y dar lugar a una concepción más dinámica de la vida.

Esta preocupación por la búsqueda de una nueva sensibilidad no se limitaba simplemente a la sociedad argentina. Se trataba, en realidad, de una inquietud filosófica que Ortega tendría particularmente en torno a estos años, y que

marcaría así el modo de expresar su llamado a los argentinos a conformar una nación "a la altura de los tiempos". Conviene, entonces, que nos detengamos en algunos de estos conceptos utilizados por él.

Ortega sostiene que el modo de dar lugar a una nueva sensibilidad —tal como requería la sociedad argentina— estaba marcado por la llegada de una nueva generación. Es que todo cambio histórico, considera Ortega, supone el nacimiento de un tipo de hombre distinto al que ya hay; es decir, supone que aparezcan hombres y mujeres con una sensibilidad vital distinta de la antigua y, a la vez, homogénea entre sí. Esto es la generación.

Las generaciones nacen unas de otras, y, en este sentido, cada una cuenta con dos dimensiones: por un lado, debe recibir lo vivido y creado por la generación anterior —ideas, valores, instituciones, etc.— pero, por otro lado, toda nueva generación debe también dejar fluir su propia espontaneidad. Es decir, ante el carácter de concluido que se percibe en las formas heredadas, toda nueva generación debe tener la certeza de que nada de lo que ella se encuentra buscando, pensando o construyendo está ya completo o cerrado. Tal como Ortega desarrollaría en varias oportunidades —principalmente en *El tema de nuestro tiempo*, publicado en 1923 (Ortega y Gasset, [1923] 2004, tomo III: 557) — el espíritu de cada generación dependerá del espacio que cada uno de estos dos factores ocupe (Osés Gorráiz, 1989: capítulo 10).

Ortega distingue, entonces, dos tipos de actitudes de pensamiento que dominan en las diferentes generaciones. Sostiene que hay, por un lado, generaciones que se sienten en perfecta homogeneidad con el legado recibido. Son éstas épocas acumulativas, en las que el pensamiento se considera un desarrollo de ideas germinadas anteriormente. Y, por otro, existen generaciones que perciben el pasado inmediato como algo urgente de reformar. Son éstas, épocas polémicas y de combate. Se trata, diría Ortega hacia 1914, de

épocas de brinco y crisis subitánea, en que una multitud de pequeñas variaciones acumuladas en lo

inconciente brotan de pronto, originando una desviación radical y momentánea en el centro de gravedad de la conciencia pública (Ortega y Gasset, [1914b] 2004, tomo I:714).

Son, en definitiva, épocas de construcción.

Cuando Ortega se dirige al público argentino en 1916, lo hace con la certeza de estar viviendo una época de este último tipo. La nueva generación debe, a sus ojos, romper con la herencia del siglo XIX, principalmente de su segunda mitad, y dar lugar a su propia espontaneidad. Sólo dejando de lado los ideales del siglo anterior se podrá trabajar para que los nuevos ideales florezcan. La nueva generación no puede permitir la reproducción e imitación inerte de las formas pretéritas. No se puede sostener una vida ficticia: la nueva generación debe buscar conocer su vocación propia, su misión histórica.

Hay un imperativo para toda generación: desarrollar sus gérmenes interiores, la individualidad propia con sus características y circunstancias. Cuando tanto las generaciones como los individuos dejan de lado esa vocación, cuando se resisten a cumplirla, se ven presos en ideas e instituciones que carecen de afinidad con su temperamento. Y, como sostiene Ortega frente al auditorio del Teatro Odeón:

La vida es limitada, por tanto es preciso cargarla bien de realidades. Se acabaron los juegos, se acabó la acción imaginaria pueril en que nos contentamos con repercutir las acciones ajenas en que somos sombras de otros, nos figuramos creer lo que no creemos, y creemos amar lo que no amamos. (...) La existencia es demasiado breve para que la gastemos en ensayos, en fingimientos, en hacernos la ilusión de que nos contenta y satisface lo que apenas roza nuestros nervios. (Ortega y Gasset, [1916a] 2004, tomo VII: 549).

El hecho de que Ortega hable de ensayos o fingimientos no es casual. Son muchas las

oportunidades en las que él se detiene en el problema de la imitación como una de las dificultades fundamentales que impide la posibilidad de llevar adelante una vida auténtica, ya sea a nivel individual o, como en este caso se refiere, a nivel colectivo o de nación. Es que una de las formas más habituales que tiene el hombre de no hacerse cargo de su vocación y destino individual – y por lo tanto de ser inauténtico– es la de imitar vidas ajenas. Esto le permite evitar aquel esfuerzo creador que implica conocer la propia circunstancia, las posibilidades que la vida pone frente a sí, y elegir entre ellas aun sin tener la certeza de que el camino elegido lo conducirá efectivamente al cumplimiento de su vocación. Lo propio sucede con una nación que se limita cómodamente a imitar a otras naciones o, simplemente, a recibir pasivamente las creaciones de las generaciones anteriores.

La vida imitada es siempre falsificación y vulneración de la propia vida, sostiene Ortega. Es por esto que compara esta falsificación con un suicidio parcial, porque con ella se aniquila una porción de la verdadera existencia. Este tipo de vida sólo puede conducir al hombre a la infelicidad y a la angustia. El siglo XX exige más que nunca el dar lugar a una nueva sensibilidad.

Se acabaron los juegos, se acabó la acción imaginaria pueril en que nos contentamos con repercutir las acciones ajenas en que somos sombras de otros, nos figuramos creer lo que no creemos, y creemos amar lo que no amamos (Ortega y Gasset, [1916a] 2010: 549)

sostiene Ortega frente al auditorio argentino en 1916. Y agrega:

Exigimos felicidad –el cumplimiento de nuestra vocación. Pero ya esta palabra felicidad pertenece al tiempo nuevo; todavía en la atmósfera pública y vulgar dominada aún por ingredientes del siglo XIX suena mal, y la mayor parte de los oídos se asusta de la sombra que esta palabra tiende sobre el ánimo (Ortega y Gasset, [1916a] 2010: 549).

A casi cuatro meses de haber llegado por primera vez a la Argentina, Ortega ve de un modo claro que es tiempo de que esta sociedad se haga cargo de su vocación, de que deje de imitar modelos ajenos y busque por fin sus gérmenes propios. De que alcance por fin una vida auténtica y, en este mismo camino, se construya como nación.

III. El problema de la autenticidad en la sociedad argentina

Este llamado a la autenticidad como nación no culmina, para Ortega, en su primer viaje al país. Por el contrario, éste es, de hecho, uno de los puntos en los cuales hará más hincapié durante su segundo viaje a la Argentina, en 1928. Un viaje que estaría marcado por la popularidad con la que Ortega contaba entre el público argentino, pero, a su vez, por la desconfianza y el espíritu crítico con los que fueron recibidas sus palabras acerca de la Argentina en algunos círculos intelectuales del país.

En esta oportunidad, Ortega llega a la Argentina invitado por la Asociación de Amigos del Arte, con el concurso de la Institución Cultural Española en Buenos Aires y el respaldo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Si en el primer viaje había sorprendido la expectativa con la que se recibía a este filósofo aun desconocido en estas tierras, en esta segunda oportunidad Ortega arribaba al país como una figura ya consagrada, con un pensamiento más maduro y que constantemente llamaba la atención sobre aquellos acontecimientos que finalmente conducirían a la crisis de los años '30 (Campomar, 2009). En estos doce años que transcurren hasta que Ortega vuelve a visitar el país, podemos encontrar la publicación de varias de sus obras fundamentales –entre ellas, *España invertebrada* (Ortega y Gasset, [1922] 2004, tomo III: 421) y, como ya dijimos, *El tema de nuestro tiempo*– así como la gestación de lo que finalmente constituiría *La rebelión de las masas* –esta última publicada ya en 1930 (Ortega y Gasset, [1930a] 2004, tomo IV: 347). Es claro que, si bien está presente desde sus primeros escritos, el tema de la autenticidad e inautenticidad de la vida es uno de los

temas que más preocupan a Ortega en esta época en particular. Es por eso que en estos años es constante el llamado a cumplir con aquella exigencia que tiene el ser humano de vivir de manera adecuada en los diferentes ámbitos y esferas de su vida. La interpretación orteguiana de la Argentina en 1928 será fuertemente planteada en esta clave.

Ortega insiste en que el hombre es mucho más que un cuerpo o un alma: es un proyecto o programa que lucha por llegar a ser lo que tiene que ser. En esta lucha oprime al mundo en torno, a su circunstancia toda, y ésta responde —facilitando algunas veces, dificultando otras— la realización de ese proyecto. La vida consiste, así, en una permanente necesidad de acción y de toma de decisiones frente a un conjunto de posibilidades que el mundo pone frente al hombre.

Cuando se refiere al ámbito colectivo, y como ya hemos visto, Ortega sostiene que la autenticidad de una sociedad implica que ésta se haga cargo de las tareas propias de su generación. Pero esta vez, hacia 1928, Ortega realiza especial hincapié en un elemento constituyente de toda generación: la minoría selecta. Si bien ya había dedicado parte de su filosofía a explicar en qué consistía ésta, en este segundo viaje, el llamado de Ortega a los argentinos se convierte, en gran medida, en un llamado a la conformación de una minoría capaz de conducir a la Argentina a conformarse en la gran nación que debía ser.

Es, de hecho, en estos términos que en Amigos del Arte, y bajo el título "Introducción al presente", Ortega realiza un llamado de atención a los argentinos. Si ya en 1916 había insistido en el futuro promisorio de la Argentina, esta vez, ante un auditorio que no dejaba de asombrarse ante sus palabras, agregaba que esta sociedad, si efectivamente quería alcanzar ese futuro promisorio con el que contaba, debía dar lugar a un nuevo tipo de hombre: aquel que se exigiera excelencia a sí mismo y estuviera listo para la conducción. En otras palabras, en una época en que las masas habían irrumpido en el escenario social, Ortega consideraba que se necesitaba de una minoría selecta que tuviera un alto

conocimiento de las áreas esenciales de la vida pública —como el ámbito jurídico y social— para conducir a la Argentina a consolidarse como nación.

Tras sus conferencias en Amigos del Arte, Ortega emprende un viaje hacia Chile, viaje que lo lleva a atravesar en tren la Pampa argentina. Y en este viaje, lo primero que llama su atención es la monotonía del paisaje que atraviesa. Lo que encuentra frente a él es una infinita y uniforme llanura que no cuenta con un primer término en el cual el espectador pueda centrar su mirada. Por el contrario, el paisaje se torna igual en cada uno de sus puntos, y esto invita a que la mirada del espectador se deslice naturalmente hacia el horizonte. Una vez allí, parece inevitable que la mirada se cargue de embriaguez y abundancia porque, como afirma el mismo Ortega, "esos boscajes de la lejanía pueden serlo todo" (Ortega y Gasset, [1929] 2004, tomo II: 731). La pampa se mira, entonces, comenzando por su fin, por su órgano de promesas. Ortega advierte cómo ese paisaje desértico refleja el perfil de la vida argentina. Es que el argentino, sostiene, vive con los ojos puestos en el horizonte, y es desde esa existencia ilusoria que olvida su miseria real y vive su vida actual. Pareciera que —afirma Ortega unas líneas más abajo— "lo esencial de la vida argentina es eso: ser promesa. (...) El que llega a esta costa ve ante todo lo de después". Es esto lo que no permite al argentino llevar adelante una vida auténtica. La vida del hombre es, decíamos, siempre circunstancial. Pero el paisaje pampeano dificulta, a los ojos de Ortega, esta posibilidad de que el hombre argentino conozca, asuma y se ocupe de aquello que lo envuelve. Por el contrario, lo que sucede —sostiene— es que el argentino nunca siente estar donde realmente está, sino que se encuentra instalado siempre por delante de sí mismo, en la vida prometida. Y es desde ese futuro aun no cumplido, desde la pura promesa, que lleva adelante su vida presente.

Ortega sostiene, así, que el argentino típico no tiene más vocación que ser aquel que imagina ya ser. De esta manera, vive entregado, no a una realidad, sino a una imagen. Y el problema es que a una imagen

no se la puede vivir si no es contemplándola. El hombre argentino deja así de lado su vida como proyecto, como quehacer, como tarea constante. En lugar de exigirse a sí mismo excelencia, vive en cambio como si de hecho ya fuese aquel que imagina ser. Y lo problemático no es únicamente este modo de vida individual, sino que este hombre se sumerge en una masa de hombres que viven de la misma manera. Estos hombres, por detrás de su apariencia, se encuentran en realidad a la deriva, sin destino propio, buscando diluirse en la corriente. Éste es de hecho el problema de la primera mitad del siglo XX, para Ortega. Se trata de una época donde casi todos los esfuerzos van dirigidos a huir del propio destino, a evitar ser aquel que se tiene que ser. El hombre sigue la corriente y se deja arrastrar en cuestión de ideas, políticas, usos sociales. Cuando esto sucede, el hombre se niega a sí mismo y lleva adelante una vida inauténtica. Va llenando su vida de falsas ocupaciones, y no logra adscribirse a ninguna de ellas por completo. Un día tiene una ocupación y al día siguiente otra y otra, porque ninguna de ellas surge de su íntimo destino. Las palabras de Ortega no sorprenden. Después de todo, aunque en otros términos, se trata, en lo esencial, del mismo llamado a la autenticidad, a evitar la imitación y la falsificación, que había realizado en 1916 ante el público del Teatro Odeón.

En este sentido, aquel que acepta y quiere su destino —o lo que es lo mismo, aquel que busca tener una existencia auténtica— comprende que la vida no le es dada hecha, sino que la misma implica siempre quehacer. Y en la búsqueda de esta existencia auténtica y feliz, el hombre acepta el esfuerzo que esto conlleva. En otras palabras, el hombre que busca alcanzar una vida auténtica, en su afán de cumplir con su proyecto vital, acepta libremente la angustia y la tragedia que esto implica. "Será todo lo paradójico que se quiera, pero la verdad fundamental es que al hombre "le gusta pasarlo mal" y esto es la definición del deporte. (...) La Vida es sentirse morir y gritar a la vez: da capo!" (Ortega y Gasset, [1947] 2004, tomo IX: 1142), escribiría Ortega años más tarde.

El aceptar constantemente el esfuerzo y

rehuir de la comodidad es lo que diferencia a la minoría selecta del hombre vulgar. Mientras que los primeros buscan acumular sobre sí mismos dificultades, obligaciones y deberes, el segundo sólo aspira a seguir siendo lo que ya es. Esta minoría, lejos del modo en que vive este hombre masa propio del siglo XX, dispara, en cambio, hacia lo alto su existencia. Se trata de un hombre superior, sostiene Ortega, pero no tanto por sus dotes como por sus aspiraciones de continuar ascendiendo. En relación a esta distinción, Ortega sostenía hacia 1924 que

todos los grandes ejemplares humanos han buscado y querido el peligro y el dolor. Por íntima afición eludieron la comodidad, pusieron pecho al enemigo, se consumieron en la batalla o en la idea, y navegaron en Gólgotas... (Ortega y Gasset, [1924] 2004, tomo VII: 834).

En otras palabras, la búsqueda de una existencia auténtica expresa un carácter de grandeza en el hombre.

En este sentido, y tal como había sostenido en *Amigos del Arte*, Ortega insiste nuevamente en que a la Argentina le ha faltado una minoría enérgica que suscite una nueva moral en la sociedad. Una minoría que llame al argentino a sí mismo, a su efectiva intimidad y sinceridad.

El día que tal minoría enseñe a este hombre a aceptar hondamente su individual destino, a existir formalmente y no en gesticulación y representación de un *rôle* imaginario, la Argentina ascenderá de manera automática en la jerarquía de las más altas calidades históricas (Ortega y Gasset, [1929] 2004, tomo II: 742)

sentencia Ortega al finalizar este segundo viaje por el país.

Está claro que las palabras de Ortega no expresaban una concepción puramente teórica de la Argentina, ni un llamado de atención desde la pura meditación. Se trataba en cambio, de las palabras de un filósofo que —tal como se lo había propuesto en 1916— había decidido

detenerse y conocer el alma argentina desde adentro para sólo así poder dirigirse a este pueblo con sinceridad. Al finalizar este segundo viaje, sus palabras revelaban, una vez más, la preocupación genuina del filósofo por la conformación de la Argentina como nación en medio de una época de cambios.

IV. Conclusión

El llamado a la autenticidad de la nación argentina fue uno de los ejes sobre los cuales Ortega basó su vínculo con esta nación. Y si bien en muchos casos este llamado producía enojosas respuestas por parte del público argentino, Ortega insistía en que ésta era su forma de contribuir a una nación con la que sentía tener una enorme deuda. Él debía una gran porción de su ser a este país, y así como la Argentina había contribuido a hacer su vida, Ortega buscaba también contribuir a hacer la vida de la Argentina (Ortega y Gasset, [1930b] 2004, tomo IV: 301).

Tal como hemos visto, es desde el primer viaje que Ortega llama la atención a los argentinos y les exige el dejar de lado las herencias coloniales y el dar lugar a la nueva sensibilidad propia del siglo XX. Este mismo llamado a la autenticidad, aunque en otros términos y con un conocimiento más profundo de la sociedad a la que se dirigía, es el que realizaría en 1928. Y de hecho, en su tercer viaje al país —ya en 1939— Ortega vuelve a realizar este mismo llamado a la intimidad de los argentinos. En esta oportunidad, y aun sabiendo que sus planteos podían resultar impertinentes para buena parte de su público, Ortega llama a los argentinos —una vez más— a que por fin se ocupen de construir su país, que se pongan en acción, que se dejen de promesas incumplidas y busquen finalmente asumir su propia circunstancia para lograr la formidable nación que la Argentina podía ser.

Queda claro, entonces, que la Argentina se presentaba ante los ojos de Ortega como un país con un alto potencial para constituirse como nación, pero que, a causa de su inmadurez política y social, no era capaz de asumir su propia circunstancia y trabajar para poder alcanzar ese futuro

promisorio con el que contaba. La Argentina retrasaba así, a juicio de Ortega, su avance hacia aquella gran nación que tenía capacidad de ser.

Pero más allá de estas palabras críticas con las cuales buscaba incitar a los argentinos a ponerse en acción, hay que tener presente que Ortega no deja de concederle al país una incomparable virtud: el hecho de que la Argentina cuenta con un enorme afán de ser más, de poseer altos destinos. "Contando con parejo ímpetu elemental, con esa decisión frenética de vivir y de vivir en grande, se puede hacer de una raza lo que se quiera" (Ortega y Gasset, [1929] 2004, tomo II: 755), considera Ortega. Este afán es algo que no se puede inyectar en los pueblos: aquel que carece de esta aspiración, no tiene remedio. La idea de grandeza es, así, una fuerza irremplazable en los pueblos, y para Ortega el pueblo argentino claramente la tenía. Sólo era necesario dirigirla para que finalmente diera lugar a la acción y permitiera así el verdadero crecimiento de la nación.

Referencias bibliográficas

- Asenjo, C. y Garbarán, I. (2000). "Viaje a la Argentina, 1916 – Primera Parte", en *Revista de Estudios Orteguianos*, N°1, Madrid.
- Biagini, H. E. (1985). "Ortega en la Argentina", en *Todo es Historia*, N°220: 191-197.
- Campomar, M. (2009). *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*. Biblioteca Nueva Fundación José Ortega y Gasset, Madrid.
- García Pinto, R. (1984). "Los pasos de Ortega en la Argentina", en *Revista de Occidente*, N°37: 74-98.
- Gracia, J. (2014). *José Ortega y Gasset*. Taurus, Madrid.
- Medin, T. (1994). *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Ortega y Gasset, J. ([1914a] 2004) "Meditaciones del Quijote", en *Obras Completas*. Taurus, Fundación Ortega y Gasset, Madrid.
- ([1914b] 2004) "Vieja y nueva política", en

- Obras Completas*, tomo I. Taurus, Fundación Ortega y Gasset, Madrid.
- ([1916a] 2004) "El novecentismo", en *Obras Completas*, tomo VII. Taurus, Fundación Ortega y Gasset, Madrid.
- ([1916b] 2004) "Introducción a los problemas actuales de la filosofía", en *Obras Completas*, tomo VII. Taurus, Fundación Ortega y Gasset, Madrid.
- ([1917] 2004) "Azorín o primores de lo vulgar", en *Obras Completas*, tomo II. Taurus, Fundación Ortega y Gasset, Madrid.
- ([1922] 2004) "España invertebrada", en *Obras Completas*, tomo III. Taurus, Fundación Ortega y Gasset, Madrid.
- ([1923] 2004) "El tema de nuestro tiempo", en *Obras Completas*, tomo III. Taurus, Fundación Ortega y Gasset, Madrid.
- ([1924] 2004) "El sentido deportivo de la vitalidad", en *Obras Completas*, tomo VII. Taurus, Fundación Ortega y Gasset, Madrid.
- ([1929] 2004) "Intimidades", en *Obras Completas*, tomo II. Taurus, Fundación Ortega y Gasset, Madrid.
- ([1930a] 2004) "La rebelión de las masas", en *Obras Completas*, tomo IV. Taurus, Fundación Ortega y Gasset, Madrid.
- ([1930b] 2004) "Por qué he escrito el hombre a la defensiva", en *Obras Completas*, tomo IV. Taurus, Fundación Ortega y Gasset, Madrid.
- ([1939] 2004) "Brindis en la Institución Cultural Española de Buenos Aires", en *Obras Completas*, tomo V. Taurus, Fundación Ortega y Gasset, Madrid.
- ([1947] 2004) "La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva", en *Obras Completas*, tomo IX. Taurus, Fundación Ortega y Gasset, Madrid.
- (1981). "Meditación del Pueblo Joven y otros ensayos sobre América", en *Revista de Occidente*, Alianza Editorial, Madrid.
- (2004). *Obras completas*. Tomos I-X. Editorial Taurus Fundación Ortega y Gasset, Madrid.
- Osés Gorraíz, J. M. (1989). *La sociología en Ortega y Gasset*. Anthropos, Barcelona.

¹ Ortega ya había establecido, desde 1911, un vínculo con los argentinos a través de *La Prensa*. Sin embargo, ésta era la primera vez que arribaba personalmente a estas tierras.